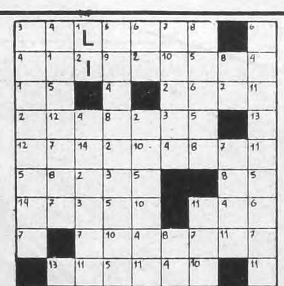
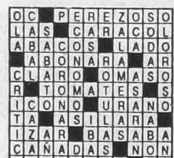
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES


OC■PEREZOSO
LAS■CARACOL
ABACOS■LADO
■ABONARA■AR
CLARO■OMASO
R■TOMATES■S
ICONO■URANO
TA■ASILARA■
IZAR■BASABA
CAÑADAS■NON
ADOSASES■SO

LASCIVO

Por Eduardo Berti

Página/2/3

EL SATIRO DEL WALKMAN

Verano/12

HABAS

(Por Manuel Vicent) En Sodoma y Gomorra también había buenos ebanistas, honrados panaderos, comerciantes que vendían las legumbres a un precio razonable. Si Dios no encontró allí a un hombre justo fue porque sólo leía la prensa amarilla, que alimentó su cólera hasta cegarlo. Bajo una lluvia de azufre, aquellas ciudades quedaron sepultadas. Como en Sodoma y Gomorra, ahora también vivimos un tiempo de pensamiento débil y de realismo sucio: los asesinos limpian la sangre del cuchillo con saliva, no con las propias lágrimas; por el fondo de la madrugada van nuestros poetas más líricos buscando bujarrones entre contenedores de carne congelada; en el depósito de cadáveres canta Julio Iglesias por el hilo musical, y ya no hay nadie que no tenga una historia que ocultar. Los periódicos bombean cada día un poco de basura hacia la superficie de la sociedad y en ella flotan panza arriba políticos corruptos, banqueros libidinosos, especuladores con dientes en la tráquea y otros tiburones de secano. Arrepentíos, hermanos. La lluvia de azufre se acerca otra vez. No obstante, en el campo están naciendo ahora mismo las habas de leche y pronto los primeros guisantes se hallarán prestos junto al corazón nevado de las lechugas. También en la mar ésta es aún la buena época de los erizos y entre las rocas de los farallones hay muchos niños buceando y sus gritos tienen una resonancia homérica en ese silencio que coincide con la luz. Mientras el fin del mundo llega, bueno será tomar unos erizos perfumados en una terraza del Mediterráneo hablando de cosas vanas bajo los plátanos que ya florecen. Nuestra sociedad está sólo estructurada por una legión de guardaespaldas. Estos ocupan los sótanos, ascensores y antedespachos, e imponen la filosofía del mastín en torno a pequeños reyes de la salchicha. La prensa sigue bombeando basura general cada día, pero es cierto que en Sodoma y Gomorra también había artesanos excelentes, buenos panaderos, gente que pagaba puntualmente los plazos y en su huerta crecían las habas más tiernas.

LASCIVO

Por Eduardo Berti

Lascivo de acá. Lascivo de allá. El apodo de mi hermano ha sido siempre Lascivo. Tenía la lengua tan larga que le llegaba hasta el suelo como una alfombra desplegada. Era tan larga que no le cabía toda en la boca, siempre le quedaba colgando la punta igual que las corbatas que asoman a través de las braguetas. Con la lengua por el pecho, los labios entreabiertos y los cachetes rellenos con más lengua, Lascivo lucía una expresión idiota cada vez que decidía enrollar y guardar su larga alfombra.

Lascivo no podía hacer silencio como cualquier persona. Casi siempre jadeaba lengua afuera, de modo perruno, y eso era para su anatomía lo más aproximado al silencio. Aun así, lo preferíamos al triste espectáculo de ver a Lascivo con los ojos desorbitados, tratando de controlar los torpes bamboleos de su lengua, mecida por el viento como una bandera. De verlo cruzar una avenida y tropezarse con su propia lengua. O peor aún, de ver cómo se laceraba el largo miembro sin poder evitarlo, con la torpeza de quien carga al hombro una escalera de varios metros. Más de una vez aparecía Lascivo a través de las puertas —su lengua siempre aparecía primero— para dejarse ver con una o dos vendas ridículas que provocaban una extraña sensación, un escozor en los más impresionables que imaginaban el gusto áspero y violento de las vendas adheridas a las papilas de la lengua. Algunos aguardaban el día que Lascivo apareciese enyesado y convaleciente, con las fauces abiertas a más no poder y la larga lengua rosada, morada, extendida en posición horizontal, paralela a las piernas fracturadas del hospital, sostenida por algún complejo engranaje de cabestrillos.

Alguien había bautizado Lascivo a mi hermano, en el colegio. Su amigo Conde había intentado ponerle Lenguaraz pero se sabe que ciertas personas no han nacido para inventar apodos, y que los lanzan como semillas que nunca germinan. De pequeño a mí me despertaba envidia la popularidad de Lascivo; recuerdo que pasaba largas horas examinando mi cara en busca de un defecto, sólo uno, que pudiera provocar algún apodo, pero entonces creo haber descubierto que mi nariz, mis manos, mis dientes, no eran largos ni pequeños, cortos ni esmirriados, que en realidad mi nariz era algo pronunciada y aguileña, es cierto, pero que sólo los defectos impiadosos y rotundos merecen un apodo mientras que los defectos pequeños traen consigo una condena aún más cruel: el silencio.

Mi hermano amaba a Teresa desde que yo era niño y no comprendía qué era el amor. Cuando crecí y comprendí, las cosas entre ellos empezaron a complicarse. Teresa irrumpió una noche en mi habitación. Desperté sobresaltado creyendo que era la lengua de Lascivo lo que se posaba sobre mi espalda, pero no, eran sus pechos transpirados.

—Le tengo miedo... le tengo miedo a esa lengua —sollozaba— y sabés que yo amo a Lascivo, pero no puedo seguir así.

Lejos de esperar una respuesta, Teresa comenzó a acariciarme los muslos. Terminamos de hacer el amor y en voz baja soltó dos secretos que había guardado durante inviernos. El primero era que me deseaba tanto como a Lascivo y soñaba con que mi hermano la lamiese mientras yo la penetraba.

Se avergonzaba Teresa de esta fantasía y hablaba con la cabeza bajo la almohada. Yo ya había oído de niño, cuando me escondía tras las cortinas, una conversación entre dos mujeres que cotejaban sus fantasías sexuales sobre la lengua de Lascivo. Y si Lascivo ya no vive más con nosotros se debió, de modo principal, a los acosos femeninos. Una extranjera que había llegado a la ciudad atraída por la fama de mi hermano intentó, una tarde de agosto, que Lascivo la envolviera con la lengua y le apretara los senos y las costillas hasta hacerle doler. Mi hermano tuvo que negarse con brusquedad. La mujer se había parado sobre la punta de la lengua para no dejarlo ir y cuando Lascivo le propinó un golpe y bramó "déjeme en paz" con esa voz indescifrable, la mujer soltó un grito que atrajo la atención de un policía y lo acusó más tarde, en tribunales, de intento de violación. Con semejante apodo, todos encontraban culpable a Lascivo. Pasó diez meses en la cárcel y maduró la idea de irse. Allí adquirió también nuevas habilidades con la lengua y aprendió a pender con ella de los barrotes de la celda y de las lámparas colgantes. Cuando salió, su lengua parecía aún más larga pero en verdad ocurría que había perdido ya todo pudor y se ufanaba de su defecto. Empezó a molestar a los demás: golpeaba a los chiquitos usando la punta como un látigo, hacía tropezar a los transeúntes, se babeaba adrede y vagaba mojando las calles.

Para domesticar a Lascivo, papá acudió a sus amigos en el gobierno. La primera en quedar boquiabierta cuando Lascivo consiguió trabajo fue mamá. Mi hermano había sido solicitado por un grupo de científicos cuya ocupación consistía en inventar de cabo a rabo, todas las mañanas, el pronóstico del tiempo, aunque cobraban un sueldo por deducir los cambios del clima con rigor académico.

El defecto de Lascivo resultaba de gran utilidad. Si la lengua se inflamaba era inequívoco anuncio de lluvia y si la punta latía con nerviosismo hasta formar un globito de saliva equivalía a lo que los meteorólogos denominan "humedad en leve ascenso". Era entonces cuando a Lascivo más le costaba tragar los alimentos; los gustos se le confundían, tardaba más que nunca en enrollar la lengua y engullir los bocados, y si se posaba un trozo muy pequeño de carne los temblores de su lengua lo catapultaban a distancias insólitas.

Lascivo asistió al trabajo lo mismo que dura una curiosidad. Cuando los científicos se aburrieron de él, buscaron una excusa para echarlo y seguir inventando el pronóstico en paz. Desocupado, entristecido, Lascivo comenzó a tener problemas primero con Teresa y luego con nosotros. Entonces se marchó al norte, a una residencia de descanso, y quienes fueron a despedirlo —papá y su amigo Conde— relataron tiempo después que Lascivo, con lágrimas en los ojos, los saludó desde el tren agitando las manos y la lengua en un solo vaivén.

Durante la ausencia de mi hermano, Teresa se mantuvo a un costado y callada. Todas las noches se acurrucaba en un rincón ensombrecido a comer lengua de a grandes porciones, con las manos sucias, y por las mañanas se levantaba con cara de extrañar a Lascivo. Sólo habló durante esas tres semanas para averiguar cuándo regresaba su amante, pero cuando Lascivo volvió las cosas empeoraron. Mi hermano reapareció más violento que nunca; Teresa seguía en silencio como si faltara que regresase otro Lascivo. Un día descubrí que a veces no dormían juntos y esa misma semana Teresa se introdujo en mi cama para contarme dos secretos y decirme que se iba.

Luego de llorar bajo mi almohada Teresa se incorporó y comenzó a vestirse con la lentitud de quien se marcha para siempre. Sólo cuando terminó de calzarse un sombrero que jamás le había visto, giró hacia mí y soltó el último secreto.

—Es un sueño pero igual me alarma. En mi pesadilla Lascivo se suicida ahorcándose con su propia lengua... Me despierto entre sudores con su lengua apoyada en mis hombros y cuando me vuelvo a dormir sueño otra vez lo mismo. Así todas las noches. Por eso me voy. No quiero estar aquí para ver algo tan horrible.

Sin Teresa, Lascivo se volvió intratable. Yo pensaba que ella había temido, en realidad, que él la estrangulara por la noche, asfixiándola en un abrazo mortal. Mientras tanto papá descubrió que Lascivo sabía colgarse de la lengua como un experto trapecista. Ya he dicho que papá tenía muchos amigos influyentes. Faltaba una semana para que el circo partiera de gira y esta vez lo hizo con una nueva atracción, de ojos tristes y lengua larga.



LASCIVO

Por Eduardo Berti

Lascivo de acá. Lascivo de allá. El apodo de mi hermano ha sido siempre Lascivo. Tenía la lengua tan larga que le llegaba hasta el suelo como una alfombra desplegada. Era tan larga que no le cabía toda en la boca, siempre le quedaba colgando la punta igual que las corbatas que asoman a través de las braguetas. Con la lengua por el pecho, los labios entreabiertos y los cachetes rellenos con más lengua, Lascivo lucía una expresión idiota cada vez que decidía enrollar y guardar su larga alfombra.

Lascivo no podía hacer silencio como cualquier persona. Casi siempre jadeaba lengua afuera, de modo perruno, y eso era para su anatomía lo más aproximado al silencio. Aun así, lo preferíamos al triste espectáculo de ver a Lascivo con los ojos desorbitados, tratando de controlar los torpes bamboleos de su lengua, mecida por el viento como una bandera. De verlo cruzar una avenida y tropezarse con su propia lengua. O peor aún, de ver cómo se laceraba el largo miembro sin poder evitarlo, con la torpeza de quien carga al hombro una escalera de varios metros. Más de una vez aparecía Lascivo a través de las puertas —su lengua siempre aparecía primero— para dejarse ver con una o dos vendas ridículas que provocaban una extraña sensación, un escozor en los más impresionables que imaginaban el gusto áspero y violento de las vendas adheridas a las papilas de la lengua. Algunos aguardaban el día que Lascivo apareciese enyesado y convaleciente, con las fauces abiertas a más no poder y la larga lengua rosada, morada, extendida en posición horizontal, paralela a las piernas fracturadas del hospital, sostenida por algún complejo engranaje de cabestrillos.

Alguien había bautizado Lascivo a mi hermano, en el colegio. Su amigo Conde había intentado ponerle Lenguaraz pero se sabe que ciertas personas no han nacido para inventar apodos, y que los lanzan como semillas que nunca germinan. De pequeño a mí me despertaba envidia la popularidad de Lascivo; recuerdo que pasaba largas horas examinando mi cara en busca de un defecto, sólo uno, que pudiera provocar algún apodo, pero entonces creo haber descubierto que mi nariz, mis manos, mis dientes, no eran largos ni pequeños, cortos ni esmirriados, que en realidad mi nariz era algo pronunciada y aguileña, es cierto, pero que sólo los defectos impiadosos y rotundos merecen un apodo mientras que los defectos pequeños traen consigo una condena aún más cruel: el silencio.

Mi hermano amaba a Teresa desde que yo era niño y no comprendía qué era el amor. Cuando crecí y comprendí, las cosas entre ellos empezaron a complicarse. Teresa irrumpió una noche en mi habitación. Desperté sobresaltado creyendo que era la lengua de Lascivo lo que se posaba sobre mi espalda, pero no, eran sus pechos transpirados.

—Le tengo miedo... le tengo miedo a esa lengua —sollozaba— y sabés que yo amo a Lascivo, pero no puedo seguir así.

Lejos de esperar una respuesta, Teresa comenzó a acariciarme los muslos. Terminamos de hacer el amor y en voz baja soltó dos secretos que había guardado durante inviernos. El primero era que me deseaba tanto como a Lascivo y soñaba con que mi hermano la lamiese mientras yo la penetraba.

Se avergonzaba Teresa de esta fantasía y hablaba con la cabeza bajo la almohada. Yo ya había oído de niño, cuando me escondía tras las cortinas, una conversación entre dos mujeres que cotejaban sus fantasías sexuales sobre la lengua de Lascivo. Y si Lascivo ya no vive más con nosotros se debió, de modo principal, a los acosos femeninos. Una extranjera que había llegado a la ciudad atraída por la fama de mi hermano intentó, una tarde de agosto, que Lascivo la envolviera con la lengua y le apretara los senos y las costillas hasta hacerle doler. Mi hermano tuvo que negarse con brusquedad. La mujer se había parado sobre la punta de la lengua para no dejarlo ir y cuando Lascivo le propinó un golpe y bramó "déjeme en paz" con esa voz indescifrable, la mujer soltó un grito que atrajo la atención de un policía y lo acusó más tarde, en tribunales, de intento de violación. Con semejante apodo, todos encontraban culpable a Lascivo. Pasó diez meses en la cárcel y maduró la idea de irse. Allí adquirió también nuevas habilidades con la lengua y aprendió a pender con ella de los barrotes de la celda y de las lámparas colgantes. Cuando salió, su lengua parecía aún más larga pero en verdad ocurría que había perdido ya todo pudor y se ufanaba de su defecto. Empezó a molestar a los demás: golpeaba a los chiquitos usando la punta como un látigo, hacía tropezar a los transeúntes, se babeaba adrede y vagaba mojando las calles.

Para domesticar a Lascivo, papá acudió a sus amigos en el gobierno. La primera en quedar boquiabierta cuando Lascivo consiguió trabajo fue mamá. Mi hermano había sido solicitado por un grupo de científicos cuya ocupación consistía en inventar de cabo a rabo, todas las mañanas, el pronóstico del tiempo, aunque cobraban un sueldo por deducir los cambios del clima con rigor académico.

El defecto de Lascivo resultaba de gran utilidad. Si la lengua se inflamaba era inequívoco anuncio de lluvia y si la punta latía con nerviosismo hasta formar un globito de saliva equivalía a lo que los meteorólogos denominan "humedad en leve ascenso". Era entonces cuando a Lascivo más le costaba tragar los alimentos; los gustos se le confundían, tardaba más que nunca en enrollar la lengua y engullir los bocados, y si se posaba un trozo muy pequeño de carne los temblores de su lengua lo catapultaban a distancias insólitas.

Lascivo asistió al trabajo lo mismo que dura una curiosidad. Cuando los científicos se aburrieron de él, buscaron una excusa para echarlo y seguir inventando el pronóstico en paz. Desocupado, entristecido, Lascivo comenzó a tener problemas primero con Teresa y luego con nosotros. Entonces se marchó al norte, a una residencia de descanso, y quienes fueron a despedirlo —papá y su amigo Conde— relataron tiempo después que Lascivo, con lágrimas en los ojos, los saludó desde el tren agitando las manos y la lengua en un solo vaivén.

Durante la ausencia de mi hermano, Teresa se mantuvo a un costado y callada. Todas las noches se acurrucaba en un rincón ensombrecido a comer lengua de a grandes porciones, con las manos sucias, y por las mañanas se levantaba con cara de extrañar a Lascivo. Sólo habló durante esas tres semanas para averiguar cuándo regresaba su amante, pero cuando Lascivo volvió las cosas empeoraron. Mi hermano reapareció más violento que nunca; Teresa seguía en silencio como si faltara que regresase otro Lascivo. Un día descubrí que a veces no dormían juntos y esa misma semana Teresa se introdujo en mi cama para contarme dos secretos y decirme que se iba.

Luego de llorar bajo mi almohada Teresa se incorporó y comenzó a vestirse con la lentitud de quien se marcha para siempre. Sólo cuando terminó de calzarse un sombrero que jamás le había visto, giró hacia mí y soltó el último secreto.

—Es un sueño pero igual me alarma. En mi pesadilla Lascivo se suicida ahorcándose con su propia lengua... Me despierto entre sudores con su lengua apoyada en mis hombros y cuando me vuelvo a dormir sueño otra vez lo mismo. Así todas las noches. Por eso me voy. No quiero estar aquí para ver algo tan horrible.

Sin Teresa, Lascivo se volvió intratable. Yo pensaba que ella había temido, en realidad, que él la estrangulara por la noche, asfixiándola en un abrazo mortal. Mientras tanto papá descubrió que Lascivo sabía colgarse de la lengua como un experto trapecista. Ya he dicho que papá tenía muchos amigos influyentes. Faltaba una semana para que el circo partiera de gira y esta vez lo hizo con una nueva atracción, de ojos tristes y lengua larga.

EL SATIRO DEL WALKMAN

Eduardo Berti nació en 1964, trabajó a partir de 1983 en varios medios locales, y en la actualidad se desempeña como redactor en este diario. Ha publicado dos ensayos sobre música: "Spinetta, crónica e iluminaciones" (1988) y "Rockología" (1989). Los cuentos que hoy se publican pertenecen a un futuro libro, cuyo título probable es "La estupidez de los hipopótamos".

Por Eduardo Berti

Dalma Roberti se sentó en el tren y se calzó los auriculares y encendió su walkman japonés apretando la tecla que dice play, pero no escuchó la música de Pink Floyd que debía salir de allí sino una voz grave y seductora que pronunciaba su nombre y repetía una cantidad de palabras asquerosas e inmorales.

Dalma bajó inmediatamente el volumen del walkman pero la voz siguió resonando en su cabeza. Apretó el botón que dice stop pero el inmoral no cesaba de hablar. Tomó entonces el casete de *El lado oscuro de la luna* e intentó arrojarlo con furia a algún lugar de aquel paisaje en movimiento. Por más fuerza que hizo, la ventanilla no quiso abrirse y Dalma debió conformarse con guardar el casete en su cartera.

Como era tímida, Dalma comenzó a ponerse colorada a medida que esa voz seguía susurrando porquerías. Y aunque nadie más escuchaba eso, sintió una enorme e indignante vergüenza en sus orejas.

Intentó descolgarse los auriculares de su sien pero no hubo caso, fue como si estuvieran pegados. De a poco se fue acostumbrando a lo que le decía aquel inmoral y finalmente la cosa le fue gustando. La voz tomaba confianza y atacaba con irrefrenable atracción.

Dalma apretó las rodillas, los dientes, la cartera. Volvió a sentir pudor pero también curiosidad. Se abrochó el botón del escote de su blusa roja. Se arregló el peinado. Recorrió con sus ojos el vagón y las caras de los demás pasajeros. Recién entonces divisó a Pícaro Pérez.

Escondida tras sus anteojos oscuros, Dalma fijó toda su atención en el tal Pícaro y la muy astuta comenzó a sospechar de él, al notar que los ojitos de Pérez cobraban especial brillo cada vez que la voz pronunciaba ciertas palabrotas eróticas.

En efecto, la habilidad de Pícaro Pérez consistía en interferir walkmans, y era reconocido internacionalmente como el campeón mundial de esta especialidad. A gran distancia, Pícaro podía acallar el casete y transmitir cualquier mensaje, con un verismo asombroso. La auténtica voz de Pérez era gangosa y tartamuda, pero su mente podía enviar una voz tan seductora y viril como la que ahora escuchaba Dalma Roberti. Esto era sencillo para Pícaro, quien además podía transmitir discos y conciertos enteros, imitar voces, programas de radio, y hasta había inventado una novedosa técnica llamada "mix", mediante la cual lograba añadir instrumentos creados por su mente sobre el sonido original de los casetes.

Pero Pícaro ambicionaba más. Se hallaba investigando nuevas técnicas, aunque Dalma Roberti ignoraba todo esto.

Sus ojos se miraron y Pícaro dudó. Por un instante, Dalma escuchó una voz gangosa y tartamuda que decía: "Cielos, estoy perdido", pero de inmediato volvió a sintonizar a su galán, más atrevido que nunca.

Entonces con la confianza recobrada, Pérez sonrió cortesmente en dirección a Dalma y luego cerró los ojos, para así entrar en trance de extrema concentración. Fue allí que Dalma comenzó a escuchar cómo la voz grave efectuaba extraordinarias descripciones de diversas poses sexuales, con tal exactitud que se vio turbada y su boca dijo no, no, y luego oh, oh, aunque ella no pudo escucharse porque estaba con los auriculares puestos.

Pícaro Pérez le dijo al walkman y el walkman le dijo a Dalma Roberti: "Eres mía, voy a poseerte". Y Dalma sintió que algo brotaba de los auriculares, acariciaba sus orejas y dulcemente penetraba por sus oídos hasta colmarla de placer.

En su lejano asiento, Pícaro balanceaba discretamente la cabeza, de un lado al otro, con sumo cuidado de no despertar sospechas. En la otra punta del vagón, Dalma gozaba y lanzaba un par de quejiditos, casi fuera de sí, a tal punto que llamó la atención de varios pasajeros.

Pero el orgásmico reposo de Dalma Roberti duró poco. Al rato, su cabeza se llenó de humo, se le nubló la vista y comenzó a toser y a expulsar el humo por la boca, como un dragón.

Tendido en su asiento, Pícaro Pérez fumaba un imaginario e hidalgo habano.



EL SATIRO DEL WALKMAN

Eduardo Berti nació en 1964, trabajó a partir de 1983 en varios medios locales, y en la actualidad se desempeña como redactor en este diario. Ha publicado dos ensayos sobre música: "Spinetta, crónica e iluminaciones" (1988) y "Rockología" (1989). Los cuentos que hoy se publican pertenecen a un futuro libro, cuyo título probable es "La estupidez de los hipopótamos".

Por Eduardo Berti

Dalma Roberti se sentó en el tren y se calzó los auriculares y encendió su walkman japonés apretando la tecla que dice play, pero no escuchó la música de Pink Floyd que debía salir de allí sino una voz grave y seductora que pronunciaba su nombre y repetía una cantidad de palabras asquerosas e inmorales.

Dalma bajó inmediatamente el volumen del walkman pero la voz siguió resonando en su cabeza. Apretó el botón que dice stop pero el inmoral no cesaba de hablar. Tomó entonces el casete de *El lado oscuro de la luna* e intentó arrojarlo con furia a algún lugar de aquel paisaje en movimiento. Por más fuerza que hizo, la ventanilla no quiso abrirse y Dalma debió conformarse con guardar el casete en su cartera.

Como era tímida, Dalma comenzó a ponerse colorada a medida que esa voz seguía susurrando porquerías. Y aunque nadie más escuchaba eso, sintió una enorme e indignante vergüenza en sus orejas.

Intentó descolgarse los auriculares de su sien pero no hubo caso, fue como si estuvieran pegados. De a poco se fue acostumbrando a lo que le decía aquel inmoral y finalmente la cosa le fue gustando. La voz tomaba confianza y atacaba con irrefrenable atracción.

Dalma apretó las rodillas, los dientes, la cartera. Volvió a sentir pudor pero también curiosidad. Se abrochó el botón del escote de su blusa roja. Se arregló el peinado. Recorrió con sus ojos el vagón y las caras de los demás pasajeros. Recién entonces divisó a Pícaro Pérez.

Escondida tras sus anteojos oscuros, Dalma fijó toda su atención en el tal Pícaro y la muy astuta comenzó a sospechar de él, al notar que los ojitos de Pérez cobraban especial brillo cada vez que la voz pronunciaba ciertas palabrotas eróticas.

En efecto, la habilidad de Pícaro Pérez consistía en interferir walkmans, y era reconocido internacionalmente como el campeón mundial de esta especialidad. A gran distancia, Pícaro podía acallar el casete y transmitir cualquier mensaje, con un verismo asombroso. La auténtica voz de Pérez era gangosa y tartamuda, pero su mente podía enviar una voz tan seductora y viril como la que ahora escuchaba Dalma Roberti. Esto era sencillo para Pícaro, quien además podía transmitir discos y conciertos enteros, imitar voces, programas de radio, y hasta había inventado una novedosa técnica llamada "mix", mediante la cual lograba añadir instrumentos creados por su mente sobre el sonido original de los casetes.

Pero Pícaro ambicionaba más. Se hallaba investigando nuevas técnicas, aunque Dalma Roberti ignoraba todo esto.

Sus ojos se miraron y Pícaro dudó. Por un instante, Dalma escuchó una voz gangosa y tartamuda que decía: "Cielos, estoy perdido", pero de inmediato volvió a sintonizar a su galán, más atrevido que nunca.

Entonces con la confianza recobrada, Pérez sonrió cortesmente en dirección a Dalma y luego cerró los ojos, para así entrar en trance de extrema concentración. Fue allí que Dalma comenzó a escuchar cómo la voz grave efectuaba extraordinarias descripciones de diversas poses sexuales, con tal exactitud que se vio turbada y su boca dijo no, no, y luego oh, oh, aunque ella no pudo escucharse porque estaba con los auriculares puestos.

Pícaro Pérez le dijo al walkman y el walkman le dijo a Dalma Roberti: "Eres mía, voy a poseerte". Y Dalma sintió que algo brotaba de los auriculares, acariciaba sus orejas y dulcemente penetraba por sus oídos hasta colmarla de placer.

En su lejano asiento, Pícaro balanceaba discretamente la cabeza, de un lado al otro, con sumo cuidado de no despertar sospechas. En la otra punta del vagón, Dalma gozaba y lanzaba un par de quejiditos, casi fuera de sí, a tal punto que llamó la atención de varios pasajeros.

Pero el orgásmico reposo de Dalma Roberti duró poco. Al rato, su cabeza se llenó de humo, se le nubló la vista y comenzó a toser y a expulsar el humo por la boca, como un dragón.

Tendido en su asiento, Pícaro Pérez fumaba un imaginario e hidalgo habano.

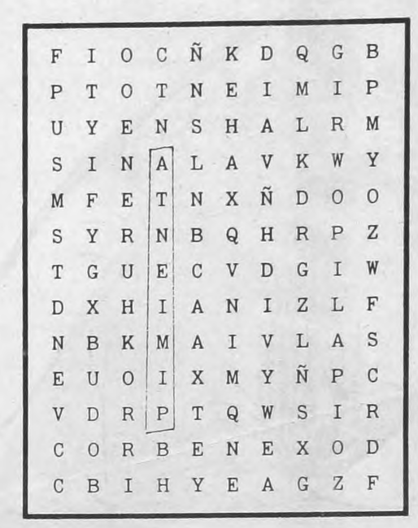
GENTILEZA EDITORIAL PLANETA





el PERICH

SOPA DE ESPECIAS

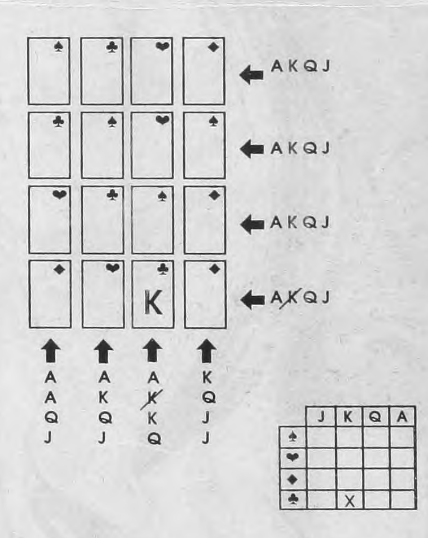


F	I	O	C	Ñ	K	D	Q	G	B
P	T	O	T	N	E	I	M	I	P
U	Y	E	N	S	H	A	L	R	M
S	I	N	A	L	A	V	K	W	Y
M	F	E	T	N	X	Ñ	D	O	O
S	Y	R	N	B	Q	H	R	P	Z
T	G	U	E	C	V	D	G	I	W
D	X	H	I	A	N	I	Z	L	F
N	B	K	M	A	I	V	L	A	S
E	U	O	I	X	M	Y	Ñ	P	C
V	D	R	P	T	Q	W	S	I	R
C	O	R	B	E	N	E	X	O	D
C	B	I	H	Y	E	A	G	Z	F

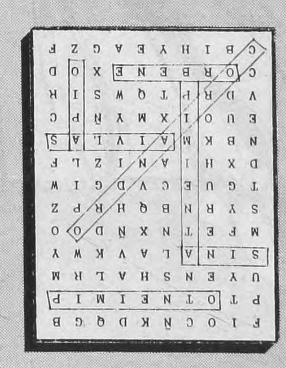
CUADRO DE NAIPES

Por A. Freire

El cuadro está formado por los naipes **J, K, Q y As** de los cuatro palos. Deduzca el valor de cada naipe a partir de los valores, desordenados, que se dan por hileras y columnas. No pueden quedar dos cartas de un mismo valor con igual palo. Para evitar repeticiones, marque lo que va descubriendo en el esquema inferior.



SOLUCION



AJKQ/QKAJ/JAQK/AQKJ

